

Un tiburón en la piscina

En la piscina había un tiburón blanco.

Había aparecido poco antes del amanecer, cuando todos los de la casa dormían. Primero el agua se agitó y burbujeó, como si se hubiera puesto a hervir; luego las burbujas se fueron uniendo unas con otras, dibujando la tosca figura de un pez enorme. Pocos minutos después, un gran tiburón blanco nadaba en la piscina y lo hacía con tal naturalidad que daba la impresión de haber estado ahí toda la vida.

Víctor lo descubrió al asomarse a la ventana, nada más despertar. Hacía una mañana espléndida para ser noviembre, luminosa y cálida. El muchacho contemplaba distraído el bosquecillo tras la casa, cuando un rápido movimiento en la piscina, que quedaba justo bajo su habitación, le hizo mirar hacia allí.

Una aleta triangular rasgaba veloz la superficie del agua. Víctor apoyó las manos en el alféizar de la ventana y se asomó aún más. El agua era tan clara que el animal parecía volar entre las paredes de mosaico azul. No sabía muy bien por qué, pero Víctor tenía la sensación de que al tiburón no le importaba que la piscina fuera pequeña. Era feliz allí.

Durante un buen rato se entretuvo admirando las evoluciones del tiburón, hasta que escuchó a su madre llamándole desde la planta baja y se apartó de la ventana.

Víctor se quitó el pijama y se enfundó en sus pantalones vaqueros. Sacó una camiseta negra del cajón de su cómoda y se la puso. Luego se lanzó en plancha sobre las mantas revueltas y, cabeza abajo, con la frente apoyada en el suelo, buscó sus deportivas bajo la cama. Mientras atraía la zapatilla izquierda hacia él, tirando de un cordón, algo se agitó dentro. Víctor sonrió y la sacudió sobre la alfombra.

Un diminuto ratón gris cayó del interior, chillando indignado. Le miró furioso, agitó los bigotes y echó a correr hacia un agujero de la pared.

—Búscate otro sitio para dormir... —le aconsejó el muchacho—. Algún día me olvidaré de mirar y desayunaré zumo de ratón.

Dos grititos airados replicaron desde el agujero. Víctor se sentó en el borde de la cama y se puso las zapatillas mientras tarareaba una canción. Se había despertado de buen humor.

Se miró en el espejo redondo sobre la cómoda. Un joven moreno de pelo revuelto y nariz respingona le devolvió la mirada, tan risueño como él. Víctor sonrió y su reflejo hizo lo mismo pero un segundo más tarde, como si esa repentina sonrisa le hubiera pillado desprevenido. De pronto la imagen en el espejo comenzó a temblar, parpadeó como un canal de televisión mal sintonizado y fue sustituida por el reflejo borroso de la cocina de la casa. La nueva imagen fue ganando nitidez hasta aclararse por completo. Víctor vio a su madre ante los fogones, removiendo una enorme cacerola humeante con un cucharón de madera. La mujer alzó la

cabeza y miró en dirección al cuarto de Víctor, con el ceño ligeramente fruncido. Su pelo rubio estaba recogido en una inmensa coleta que caía sobre su hombro y que casi le llegaba hasta la cintura.

—¡Víctor Torres, te he llamado hace media hora! —gritó—. ¿Quieres llegar tarde a clase?

—¡Hoy es domingo, mamá! ¡No hay clase!

Su madre arrugó la nariz y sacudió la cabeza. Era cierto. Era domingo y lo había olvidado. A veces las pequeñas cosas, lo más cotidiano de la existencia humana, le parecían un profundo misterio. Como el que parcelaran algo tan mágico como el tiempo. Para ella eso era como poner vallas al mar.

—Pues baja antes de que se enfríe —dijo, sin gritar ya. Sentía cerca la mirada de su hijo, aunque no fuera capaz de verlo—. He hecho chocolate y buñuelos... Me estás viendo en el espejo, ¿verdad?

El muchacho asintió. Ella le miró directamente, sonriendo. Sus ojos eran de un color verde intenso. Era hermosa como sólo las hadas podían serlo.

En la imagen del espejo se interpuso la figura desgarbada de su padre, que entraba en la cocina con el pijama todavía puesto y el pelo disparado en todas direcciones.

—Buñuelos... —canturreó.

—Ya lo ves, Víctor... Si no bajas pronto, tendrás que conformarte con las migas —le advirtió su madre.

Su padre se subió las gafas y miró a su alrededor, tratando en vano de encontrar a su hijo. Se encogió de hombros y dedicó toda su atención al desayuno.

Víctor se preguntó qué curioso capricho de la naturaleza había sido el culpable de que se pareciera tanto a él y tan poco a

ella. Cuando veía a su padre, no podía evitar pensar que se veía tal y como sería dentro de treinta años.

La imagen del espejo volvió a parpadear y Víctor se encontró otra vez cara a cara con su reflejo. Sonrió de nuevo y bajó de la cama de un salto. Se sacudió el fondillo del pantalón y echó a andar hacia la puerta. Cuando la cerró tras él, las mantas y el cobertor comenzaron a moverse despacio, estirándose y trepando sobre el colchón hasta que la cama quedó perfectamente hecha.

Por el agujero de la pared asomó el hocico rosáceo del ratón gris. Bufó y volvió a esconderse.

«No eres quien busco»

Víctor salió de su cuarto. Ni el pasillo ni la disposición de la casa eran ahora iguales a como los recordaba de la noche anterior. Hasta el papel de las paredes había cambiado. El día antes, el pasillo zigzagueaba y giraba en múltiples curvas mientras que hoy era un camino recto. Terminaba a su espalda en un muro blanco en el que se podía ver una puerta diminuta y torcida, demasiado pequeña como para poder pasar. Se dirigió hasta las escalinatas de mármol negro que bajaban en espiral a la planta baja: tampoco esas escaleras estaban allí el día anterior.

La casa cambiaba cada noche. A veces eran modificaciones sutiles, como una puerta que se trasladaba de lugar o una variación en el color de una alfombra; otras, eran mucho más radicales, tanto que a veces su padre y él tenían que orientarse a voces para dar el uno con el otro. Ayer, todos los muebles de la casa habían amanecido tallados en jade. Y hacía poco más de una semana que una exuberante selva tropical había aparecido por toda la casa y la más variopinta fauna salvaje se hizo dueña y señora de pasillos y habitaciones.

—Niño... —una voz lo llamó justo cuando estaba a punto de poner el pie en el primer escalón. Se dio la vuelta. Nor-

malmente le ofendía que alguien se dirigiera a él llamándolo niño, pero había reconocido la voz y pertenecía a alguien con quien no podía enfadarse.

Era un hombre pálido, translúcido. Medía casi dos metros de alto y la expresión en su rostro era la de alguien completamente desorientado. Vestía una raída levita gris y llevaba un monóculo en su ojo izquierdo. Estaba a su espalda, justo en el lugar por el que acababa de pasar.

—¿Puedo preguntarte algo?

Su voz recordaba al sonido de arena cayendo sobre arena.

Víctor asintió. Sabía lo que venía a continuación.

—¿Cómo te llamas? —dijo, mirándolo con intensidad. Su ojo se agigantó tras el monóculo.

—Me llamo Víctor... Víctor Torres.

El fantasma, pues de eso se trataba, suspiró y sacudió la cabeza, entristecido.

—No eres él... No eres quien busco.

—No, no lo soy.

Aquel hombre era uno de los errantes de la casa, un fantasma que se le aparecía de cuando en cuando, siempre en el mismo lugar, para hacerle siempre la misma pregunta, como si olvidara por completo sus anteriores encuentros.

—Algún día daré con él, ¿sabes? Llevo tiempo buscándolo, pero sé que, al final, lo encontraré.

—Estoy seguro —le animó Víctor con una gran sonrisa. El espectro se desvaneció poco a poco ante sus ojos, como si una mano invisible lo estuviera borrando con delicadeza.

El muchacho descendió las escaleras con rapidez, casi a saltos. La planta baja no había cambiado demasiado desde la

noche anterior y, aunque lo hubiera hecho, no habría tenido problemas para orientarse: el aroma a bollería caliente señalaba el camino hacia la cocina como si fuera un faro.

La lámpara de araña se balanceaba suavemente en el techo del salón. El sol entraba a raudales por las amplias ventanas, llenando de charcos de luz la gran estancia. Las sombras de los muebles parecían agitarse, indecisas, como si estuvieran mal pegadas al suelo y las paredes. Mientras pasaba junto al piano, la sombra de éste saltó de la alfombra, se encaramó al sillón y echó a volar. Atravesó uno de los ventanales para enfilarse directa hacia el cielo como una disparatada cometa de tela negra.

Víctor la siguió con la mirada hasta que el brillo del sol lo deslumbró. Se frotó los ojos y siguió su camino a la cocina.

Fuera, la sombra revoloteó durante un buen rato, haciendo piruetas y jugando entre las copas de los árboles. Cuando regresó al salón para ocupar su puesto a los pies del piano, no lo encontró. El instrumento se había marchado en busca de su sombra y se había perdido en la inmensidad de la casa de la Colina Negra.

Presentimientos y buñuelos

—Buenos días, trasto —lo saludó su padre nada más entrar en la cocina. Estaba sentado a la mesa de formica, terminando el desayuno. No se había afeitado aún y tenía todo el aspecto de alguien que se acaba de levantar de la cama. Su padre casi siempre tenía esa apariencia.

—Buenos días.

—Buenos, buenos... —canturreó su madre, envuelta en el vaho blanco que salía de la olla—. Hasta que dejen de serlo, por supuesto.

—¿Sigues con eso? —le preguntó su marido. Se levantó de la mesa con el tazón vacío en las manos y se dirigió al fregadero.

Víctor ocupó su sitio y echó mano a su tazón todavía humeante. Luego se acercó la bandeja repleta de buñuelos, examinándolos en busca del más gordo.

—Sigo, sí. Te lo he dicho nada más levantarme. Va a pasar algo... Lo puedo sentir. Y deberías hacerme caso, Eduardo... —le amenazó con el cucharón de madera—. Sabes que mis presentimientos nunca fallan.

—Y te hago caso, Diana —concedió él mientras fregaba el tazón en la pila—. Si dices que va a pasar algo, pasará... Haga yo lo que haga o lo repitas tú mil veces.

—Hay un tiburón en la piscina. Un tiburón blanco —comentó Víctor con la boca repleta de buñuelo—. Quizá fuera eso lo que presentías, mamá...

—No hables con la boca llena...

—¿Un tiburón? —preguntó su padre, mirándolo por encima de la montura de sus gafas. Todavía tenía la barbilla manchada de chocolate—. ¿Estás seguro?

Víctor tragó con rapidez el bollo antes de continuar hablando.

—Segurísimo. Hay muy pocas cosas que se puedan confundir con un tiburón.

Su madre negó con la cabeza.

—No, no es eso. Es otra cosa... —olisqueó el humo blanco que surgía de la olla. Asintió complacida y dejó de remover—. Esto ya está. Pásame los botes vacíos del armario.

—Creo que la casa te da la razón... —comentó su marido mientras le alcanzaba los botecitos de cristal del armario—. El tiburón puede ser un espíritu guardián. Una manera de protegernos o de decirnos que algo malo se aproxima. Tendremos que estar atentos...

Víctor sonrió para sí.

Vivían en la casa de la Colina Negra, el lugar más maravilloso sobre la faz de la tierra. Allí nada malo podía sucederles.